

cuerpo, y sin embargo no viviríamos si la sangre no circulára ó si toda la sangre se nos escapase; aunque no es completamente exacta la comparacion, porque no hay comparacion completamente exacta. Nada hay en el cuerpo que pueda reemplazar á la sangre; pero en la sociedad hay algo que puede reemplazar al dinero, y este algo es el crédito, el cual no crea un átomo más de riqueza, pero pone en circulacion y presta movilidad y casi ubicuidad é mucha parte de la riqueza que está parada é inerte. En suma, el dinero, aunque reemplazable por el crédito, es una parte de la riqueza, y así por esto como por ser la parte más viva, más enérgica y más circulante, es un dolor que se pierda. La sociedad que no tiene dinero, ó el individuo que no tiene dinero, ya están aviadados. Despues de largos estudios han deducido, pues, los economistas que *el dinero es indispensable al hombre desde el momento que el hombre vive en sociedad*; aguda sentencia, cuya verdad resplandece más que la luz del mediodia.

## II.

Sentadas ya estas bases, voy á discurrir y á filosofar un poco sobre las relaciones del dinero

(y en general de toda riqueza) con las costumbres y con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores.

El primero y más capital consiste en creer que, en nuestros dias, es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el dia de hoy, los hombres son como siempre; pero si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos.

Fácil me sería acumular aquí una multitud de ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, á fin de probar que el interés ha dominado al mundo desde entónces, y su imperio, léjos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un trabajo erudito, sino una meditacion filosófica.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivian se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de lo que digo.—*Por dinero baila el perro.—Cobra y no pagues, que somos mortales.—Dádivas ablandan peñas.—Ten dine-*

ro, tuyo ó ajeno.—*Quien tiene dineros, pinta panderos.*—Y así pudiera yo seguir citando hasta llenar un pliego de impresion. Pero aún citaré otro refran que, por ser España un país tan católico, debe considerarse como la hipóbole más subida de que todo se logra con dinero; de que todo se compra y se vende, hasta lo más venerable y santo. El refran dice: *Por mi dinero, Papa le quiero.*

En los países de una cultura atrasada, se advierte un fenómeno, que, conforme nos vamos civilizando y puliendo un poco más, mengua, ya que no desaparece del todo. Es este fenómeno la deshonra, el descrédito, la vehemente sospecha, y aún el horror que rodea al que es pobre, el cual es aborrecido, cuando no es despreciado. El refran antiguo español declara que *El dinero hace al hombre entero*: esto es, que el dinero es garantía de rectitud, de probidad y de entereza en quien le tiene. Más léjos va aún otro refran que dice: *La pobreza no es deshonra, pero es ramo de picardía.* Nuestro inmortal Cervántes, haciéndose eco de este sentimiento general, afirma, no una sola vez, que es difícilísimo que un pobre pueda ser honrado. El reverendo Fray José de Valdivielso, en su *Poema de San José*, no acierta á concebir que

el Santo, padre putativo de Nuestro Divino Redentor, y descendiente de reyes, pudiese ser pobre y vivir de un oficio mecánico: así es que asegura que San José era carpintero por distraccion, y no para ganarse la vida:

Pues debió de tener juro reales,  
Cual descendiente de señores tales.

Bien se puede apostar que á nadie se le ocurriría, en nuestro siglo, disculpar á San José de haber sido carpintero, y suponer que tenía Treses ó Billetes hipotecarios.

Ni por la nobleza de sangre se disculpaba la pobreza; ántes el tener dinero ha sido en todos los siglos origen de hidalguía. *Dineros son calidad, Más vale el din que el don*, son refranes que corroboran mi aserto.

La profunda veneracion que inspiran el dinero y quien le posee ha sido siempre idéntica. Lo que ha disminuido algo es el horror ó el desprecio al pobre, y ciertas asechanzas de que el rico debia de verse, en lo antiguo, perpétuamente circundado. El hombre prudente y discreto tenía, no hace muchos años, en todas partes, y en el dia tiene aún, en no pocas, que hacer, si puede, un gran misterio del estado de su hacienda, sobre todo si es ó era muy rico ó muy

pobre: si es muy pobre, para que no le desprecien; y si es muy rico, para que no le roben ó le maten. De aquí, de esta espantosa disyuntiva entre ser despreciado ó amenazado de muerte, nació aquella sentencia de los moralistas, que hoy en los países cultos nos parece tan necia y tan absurda, de que lo que habia que desear era una medianía de fortuna, á fin de vivir feliz y tranquilo, ni envidioso ni envidiado. Porque, á la verdad, si el dinero es un bien, mientras mayor sea el bien, debe ser más apetecible, y no se concibe la *aurea mediocritas*, celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos, sino recordando que el hombre acaudalado estaba de continuo expuesto á que le matasen ó maltratasen para robarle, ya el emperador ó el príncipe bajo cuyo imperio vivía, ya la plebe codiciosa. Y cuando á la riqueza no iba unido un alto grado de poder, era más constante el peligro, y casi imposible de conjurar. No creo yo que el ódio profundo que tuvimos en la Edad Media á los judíos proviniese sólo de que eran el pueblo deicida, sino de que eran ricos. Las frecuentes matanzas de judíos que hubo en España acaso no hubieran llegado á realizarse, si los judíos hubieran tenido la prudencia de quedarse pobres. Algo parecido puede

afirmarse de los frailes en estos últimos tiempos, luégo que perdieron el poder y conservaron la riqueza, si bien el escándalo ha sido menor, porque la dulzura de las costumbres, la mayor abundancia de dinero y de bienestar, y el más concertado y político modo de vivir de los hombres, han disminuido el aborrecimiento de los que no tienen á los que tienen.

Prueba de esta confianza de los que tienen es que ya, en los países cultos, nadie ó casi nadie atesora. Pocos años há, todos los que podían atesoraban. La literatura popular está llena de historias y leyendas de tesoros ocultos, guardados por un dragon, por un gigante ó por un mónstruo terrible, que nada ménos se necesitaba para que no los robasen. Estos tesoros estaban, ó se suponía que estaban, tan hábilmente escondidos, que era menester un dón sobrenatural para descubrirlos. De aquí se originó la idea de los zahoríes, que descubrían los tesoros. La ciencia de los zahoríes, perdiendo hoy su carácter poético y sobrehumano, ha llegado á trasformarse en la Estadística, disciplina auxiliar de la Economía Política, con respecto á la cual, viene á ser lo que es la Anatomía con respecto á la Fisiología. La Estadística es un verdadero primor de ciencia, y á fin de que de ella

formen pronto los profanos el concepto que merece, podemos definirla la ciencia que nos cuenta los bocados. Por esta ciencia se averigua cuánta harina, cuánta carne, cuántas judías y cuántos garbanzos se devoran al año; lo que se gasta en ropa y en calzado; lo que se produce y lo que se consume. Todo esto sería más fácil de averiguar si la gente, temerosa de que le imponga el Gobierno más contribucion, no disimulara un poco lo que gasta, aparentando darse aún peor trato del que suele.

Sin embargo, el afan de ocultar la riqueza y de disimular que se tiene algun dinero ha desaparecido casi del todo en nuestra edad. En las pasadas era tanto el peligro que corría el dinero saliendo á relucir, que legítimamente tenía que ser usurero quien le prestaba. El crédito, que pone en movimiento las fuerzas productivas, apénas era conocido entónces.

Hoy, por el contrario, el desenfado, la movilidad, la animacion del dinero, que se presenta sin temor en todas partes, ménos en España, y que se agita y circula, es lo que hace creer á los hombres poco pensadores que vivimos en un siglo metalizado; que ahora no se piensa ni se habla sino de dinero. ¡Qué error tan craso! Pues ¿por ventura es más reverenciada,

más adorada la imágen que sale por las calles y plazas, áun cuando sea en muy devota procesion, y doblando todos á su paso la rodilla, que la divinidad misma, oculta siempre en el fondo del santuario, por temor de que la profane el vulgo con sus miradas, y hasta cuyo nombre es incomunicable y desconocido á cuantos no están iniciados en sus misterios?

Hay asimismo otras muchas razones para que en el dia se estime ménos el dinero. Es la primera, que hay más. Es la segunda, que con el crédito llega más fácilmente á todas partes. Es la tercera, que produce ménos intereses. (Ninguna de estas tres razones militan hoy en España. Los economistas explicarán por qué.) Es la cuarta, y quizás la más poderosa, que nuestro siglo, como más civilizado que los anteriores, es tambien más espiritualista.

Y aquí no puedo ménos de detenerme á condenar la ridícula manía de los que dan en acusar de materialista á nuestro siglo. ¿Qué siglo hubo nunca más espiritualista que el nuestro? La música es el arte más espiritual de todos y florece ahora con florecimiento extraordinario. Apénas hay tonto, el cual, si hubiera vivido dos ó tres siglos há, no hubiera gozado más que en comer, que no goce ahora, ó por lo ménos que

no diga que goza, oyendo la música más sábia y alambicada. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, afirma que sólo hay dos cosas esenciales que mueven al hombre: á saber: *mantenencia*, y otra que no me atreveré á mentar, aunque el Arcipreste la mienta, escudado con Aristóteles:

Si lo dixiese de mio, seria de culpar;

Dicelo grand filósofo; non so yo de reptar.

¡Tan materialista era el concepto que en el siglo xiv tenía un sacerdote católico, en la católica España, de los móviles esenciales de las acciones humanas! Fuera de estos móviles no acertaba á descubrir otro móvil. ¡Cuánto han variado las cosas en el dial! La música mueve también al hombre y no hay quien no guste de ir al teatro Real.

Pero el espiritualismo de nuestro siglo es sintético, y ésta es la causa de que algunos, que no le comprenden, acusen de materialista á nuestro siglo. En los pasados, ó no se hacía caso de la materia y se la dejaba á sus anchas como cosa perdida y dada al diablo, cayendo los que tal hacian en el molinosismo, ó se la maltrataba y castigaba como á súbdito rebelde, por donde venian las gentes á dar en el ascetismo más cruel. En nuestra época, tratan las gentes de rehabilitar la materia, en el buen sen-

tido de la palabra, y la purifican cuanto pueden. La materia al fin es obra de Dios, y, aunque algo pervertida por el pecado, no es cosa tan abominable como se asegura. Al fin ella ha de resucitar y ha de ir al cielo, si bien trasfigurada y gloriosa. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermo-seándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen los hombres, en ciertos países adelantados, lavarse ya todos los dias, costumbre rara, cuando no desconocida de la cristianidad, ciento ó doscientos años hace, y contra la cual aún fulminan sus anatemas el piadoso señor Veuillot y otros santos padres. Por eso no se comprendia bien la significacion del principio de aquella oda de Píndaro: *Alto don es el agua*. Antes al contrario, el agua era mirada con horror y con miedo, como causa de los mayores males, sobre todo para las personas de cierta edad. De aquí el refran hidrofóbico tan acreditado: *De cuarenta para arriba, ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga*. Un hombre de setenta años, cuándo ó dónde no habia. ó no ha caido en desuso este refran, debe, ó debia de tener su piel cubierta de más estratificaciones que nuestro globo. Si en este descuido de la materia, que hubo en los siglos pasados,

es en lo que consiste el espiritualismo, se debe preferir ser materialista. Pero se me antoja que el verdadero espiritualismo consiste en limpiarse, mondarse y purificarse, así el alma como el cuerpo. Un hombre limpio no es capaz de sentir tan bestiales apetitos como un hombre sucio. En muchos tratados de moral, escritos por frailes, que de seguro se lavaban poco, he leído precauciones tan inauditas para evitar la tentación, que me pasman y me hacen imaginar que los hombres y las mujeres de entonces serían como la yesca, la pólvora y el fuego. Uno de estos autores aconseja que, cuando haya que entregar algo á una mujer, se ponga lo que ha de entregarse en alguna mesa ó en algun otro sitio, y no se dé con la mano, á fin de evitar el más ligero frote ó casual tocamiento, y añade que las personas de diferente sexo, cuando estén más próximas, deben estar por lo ménos á una distancia de cuatro varas. La efervescencia, que supone este exceso de precaución, provenia sin duda de la poca agua, la cual refresca, molifica y hasta espiritualiza.

Ello es lo cierto que la concupiscencia no es tan feroz en el día como en tiempos pasados. ¿Cuánto no sorprenden aquellos penitentes solitarios, que después de crueles y largos ayunos

áun no podían domar y poner freno á ciertas malas pasiones, que representaban en su lenguaje místico llamándolas *el asnillo*? ¿Cuánto no espanta, por ejemplo, aquel San Hilarión, que no comía más que una docena de higos secos al día, y tuvo que acortarse la ración en más de la mitad, porque se sentía muy bravo y emberrenchinado? En este sentido somos también más espiritualistas ahora. Mientras entonces el estudio de la Teología sobreexcitaba los sentimientos y encendía en amor el alma afectiva, amor que con facilidad podía torcerse á mala parte; hoy, estudiando los jóvenes briosos, desde sus tiernos años, negocios tan serios como la Filosofía de Krause ó la Economía Política, se hacen por fuerza más morigerados y ménos traviesos; adquieren una gravedad que les cae muy bien; y todo el fuego y lozanía de la imaginación se les va, no en coplas y requiebros á las muchachas, sino en ditirambos dulcisonos en prosa rimada, ora al libre-cambio, ora al desestanco de la sal, ora á otro objeto del mismo órden, que allá en lo antiguo ni se sospechaba siquiera que pudiese ser blanco de tantos disparos poéticos y de raptos líricos tan maravillosos.

Estos síntomas de *espiritualización* se notan

hoy por donde quiera. Ya con la homeopatía, hasta los achaques de la materia se curan casi espiritualmente. No se toman remedios, sino se toman, por decirlo así, las virtualidades, el espíritu, la sombra vaporosa de los remedios. ¿Quién sabe si dentro de poco se inventarán también alimentos homeopáticos, de que ya son precursores el extracto de carne de Liebig y la Revalenta, y nos nutrirémos con la virtualidad ó la esencia eléctrica é imponderable de los pavos y de los jamones, en vez de nutrirnos del modo vulgar y grosero que ahora se usa?

Los recientes descubrimientos de los fisiólogos prueban la grosería con que la naturaleza procede hasta hoy en esto de la nutrición. Asegúrase, como verdad evidente, que en ménos de un mes mudamos por completo todos los átomos ó moléculas de nuestro organismo y tomamos otros. El alma, el principio oculto de la vida, la virtud plasmante, la energía informante, *la forma óptica*, como la llama un sabio amigo mío, es sólo lo que permanece. Lo demás cambia sin cesar. La vida es, pues, no por estilo poético y figurado, sino con toda realidad, un río, un torbellino, un torrente impetuoso. Un caballero, de regular corpulencia, que llegue á vivir setenta años y que pese seis ó siete arro-

bas, puede asegurar que ha tenido, asimilado y poseído como parte de su organismo, desde su nacimiento hasta la hora de su muerte, unas 5.000 ó 6.000 arrobas de sustancias, las cuales, si no están dotadas de gran densidad, tal vez formen un volúmen de uno, dos ó tres kilómetros cúbicos. Pregunto yo, ¿para qué es este jaleo, esta mudanza, esta incesante trasmigración de materia, cuando la forma persiste; cuando, si tenemos una berruga, conservamos siempre la berruga? ¿No sería mejor, y no es posible que se descubra, el que no perdamos sustancias con tanta frecuencia, y el que no tengamos tampoco que reponerlas de continuo? Esta si que sería Economía, si llegára á descubrirse. ¿Qué es la vida más que un desenvolvimiento de calórico, un fuego, una llama? Y qué, ¿no podrémos jamás sacar de su estado latente ese flúido imponderable y sutil, sin la combustion de muchas sustancias? ¿No llegarémos nunca á producir el fuego que mueva nuestras máquinas, sin tener que consumir toda la Flora exuberante y gigantea de las edades primitivas, y á conservar el calor vital sin destruir tantas formas, y sin devorar tantos seres? Yo veo señales claras de que se acercan los tiempos de estas invenciones. La frenología y el magne-

tismo han venido á demostrar las armonías íntimas y misteriosas que enlazan el espíritu y la carne. La electro-biología es una ciencia que empieza ahora, y que tiene aún que dar mucho de sí. Tal vez no esté muy léjos el dichosísimo y gloriosísimo día en que, alimentados de un modo ménos grosero, se volatilicen nuestros cuerpos, y se sostengan en el aire, y lleguen á ser ubicuos y compenetrables, y hasta diáfanos y luminosos.

Por todas estas consideraciones y por otras que callo, á fin de no hacer muy prolija la digresion, tengo por cierto que nuestra edad, si peca por algo, es por *pneumatosis* ó sobra de espiritualismo.

Y sin embargo, se me dirá, en este siglo tan espiritualista, se ama el dinero poco ménos que sobre todo. Convengo en que hay este amor, pero no en que no le haya habido siempre, y quizás más vivo. No voy á disculparle ahora, pero sí á explicarle.

Al compas que una sociedad vaya siendo más perfecta y bien organizada, el dinero irá adquiriendo una virtud más significativa (aproximándose á la infalibilidad) de que es inteligente, laborioso y precavido quien le posee. El dinero representará entónces el talento, el tra-

bajo y otras muchas virtudes. El no tener dinero significará, casi equivaldrá á ser holgazan, ignorante y para poco. No hemos llégado aún, por desgracia, á este grado de perfeccion social, y hay aún muchas personas que adquieren mal el dinero. Mas como el confesar que el mayor número le adquiere mal, aún dado que esto fuera cierto, sería ocasionado á gravísimos peligros, y daría pretexto á los pobres para odiar á los ricos, todas las personas razonables y amigas del orden y del sosiego públicos, debemos creer y creemos que no hay dinero mal adquirido, miéntras un tribunal no pruebe lo contrario. Por donde legítimamente, y echando á un lado la mala pasion de la envidia, el ser rico significa, y tiene que significar, que vale más quien lo es que el que es pobre. En resolucion, el dinero es y tiene que ser la medida exacta del valer de una persona.

Cierto que hay algunas rarísimas virtudes y prendas superiores al dinero, que no traen dinero, y que, en el momento en que se tuviesen ó ejerciesen con el fin de adquirir dinero, dejarían de ser tales virtudes; pero tales virtudes tienen su precio en ellas mismas. La virtud por excelencia es tan preciosa, que nada hay en la tierra que pueda pagarla. Por esto

me ha parecido siempre ridículo todo premio ofrecido á la virtud. Quien se pusiera á ser virtuoso para ganar el premio, no sería virtuoso. Ni siquiera suelen ganarse con la virtud la fama y el respeto de los hombres, porque es difícil de averiguar si el virtuoso lo es por firmeza y rectitud de alma ó por apocamiento, necedad ó cobardía; y los hombres, como no sea la virtud muy manifiesta, procuramos siempre atribuirla á dichas calidades negativas. Así es que, en casi todos los idiomas antiguos y modernos, la palabra *bondad*, apartada de su sentido recto, significa simpleza, como *dabbenaggine* en italiano, *eueitheia* en griego, *bonhomie* en frances, etc., etc. Pero como la virtud es y debe ser tambien superior á la vanagloria, el virtuoso, no sólo debe serlo aún á trueque de ser pobre, sino á trueque de pasar por un solemne majadero.

Ciertas declamaciones y diatribas contra los vicios, la corrupcion y el lujo, me han parecido siempre más propias de la envidia ó de la sandez que de un espíritu recto y juicioso. Cuando se dice, por ejemplo, el hombre de bien está arrinconado y desatendido y vive pobrememente, y tal bribon habita en un palacio y da fiestas espléndidas; la mujer honrada anda á pié por esas calles, llenándose de lodo, y tal manceba va

con sedas, encajes y joyas, en un soberbio coche; cuando esto se dice, repito, yo no puedo ménos de reirme en vez de conmovirme. Pues qué, ¿se quiere que la probidad se pague con palacios, y la castidad con diamantes y trenes? Entónces los mayores galopines se harian probos para vivir á lo príncipe, y las *suripantas* echarian la zancadilla á Lucrecia y á Susana, á fin de conseguir por ese medio lo que por el opuesto logran ahora. La verdad es que el mundo anda ménos mal de lo que se cree.

Mucho tiene que sufrir la virtud; pero si no tuviera que sufrir ¿sería virtud? ¿Qué mérito tendria? Y sin duda que la piedra de toque, en que se aquilata y contrasta el sufrimiento, es esta duda en que deja el virtuoso á los demas hombres acerca de si su virtud es tontería, impotencia ó amilanamiento y poquedad de espíritu. Hombres hay que no resisten á esta prueba. Han tenido valor para quedarse pobres, pero no le tienen para pasar por tontos. Mujeres honradas ha habido que tienen valor para vivir con poco dinero, mas no para que crean que ha faltado quien se le quiera dar. ¡Dios nos libre de esta gran tentacion de evitar la nota de mentecatos y para poco! ¡Dios libre á las mujeres honradas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
15  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

radas de esta gran tentacion de evitar la nota de faltas de donaire y atractivo!

Fuera de estas exelencias y sublimidades de nuestro sér, apénas hay otra calidad en el hombre que no tenga por medida el dinero. La ciencia especulativa y la poesía más elevada se sustraen sólo á dicha medida. Ni la ciencia especulativa, ni la poesía más elevada, están por lo comun al alcance del vulgo. Al sabio y al poeta rara vez la fama puede consolarlos de ser pobres, si lo son. Los pensamientos sublimes, y la delicadeza y el primor del estilo, son prendas que pocos saben estimar. La gloria es casi siempre tardía para este linaje de hombres. Pocos semejantes suyos aciertan á comprender lo que valen. Así es que su fama va cundiendo y acrecentándose por autoridad, disputada y contradicha á menudo, y tan lenta y pausadamente, que el sabio y el poeta suelen morir sin gozar de aquel respeto y áun adoracion que más tarde se tributa á su memoria.

El mismo sabio, y más aún el poeta, por excelente crítico que sea, no se pueden consolar con la conciencia y seguridad de su valer, por los demas hombres desconocido ó negado. No saben á punto fijo si el juicio que forman sobre ellos mismos está torcido por el amor propio.

Una obra de ingenio es harto difícil de juzgar, y la buena reputacion que adquiere se debe á pocos sujetos entendidos que logran imponer su opinion, á veces al cabo de muchos años, cuando no de siglos. Los demas hombres se someten á esta opinion por pereza, ó porque habiendo ya muerto el autor de la obra, les importa poco que sea celebrado y ensalzado. La idea de que la fama de aquel autor redunde en honor de la patria ó de la humanidad toda, contribuye á que, contenidos por cierto egoismo, sean pocos los hombres que tiren á destruirla. Por lo demas, la gloria de los grandes escritores suele ser póstuma y sumamente vana. De cada mil personas que citan, por ejemplo, á Homero como al primer poeta épico, diez á lo más, en los países cultos, le han leído, y de estas diez, nueve se han aburrido ó dormido leyéndole: una sola ha gustado acaso de aquellas bellezas y exelencias.

La poesía, pues, en su más elevada acepcion, así como la virtud en su acepcion más elevada, tiene sólo la recompensa en ella misma, en la creacion de lo ideal, en la fijacion y depuracion de la belleza, que aparece escasa, mezclada con elementos extraños y fugitiva en el mundo, y á quien el poeta aparta y sustrae

de lo feo, y da una vida inmortal, á fin de que gocen de ella las pocas almas que por su propia hermosura son capaces de comprenderla.

Entiéndase, con todo, que, salvo las mencionadas archi-sublimes excepciones, nada es más falso en cierto sentido que aquello de que *honra y provecho no caben en un saco*. Al contrario, cuando el público no honra es cuando no enriquece, y siempre enriquece cuando honra. El más ó el ménos de enriquecer depende de circunstancias que nada tienen que ver con la honra. En los países ricos y prósperos, el buen poeta que, por la condicion de su ingenio, se hace popular y famoso, se hace tambien rico. Y, aparte el respeto que se le debe, Adam Smith se equivocó al suponer que los comediantes, cantores y bailarines, ganaban mucho dinero en compensacion del decoro que perdian en su oficio, el cual, si fuese más honrado, sería ejercido por más personas hábiles, y esta concurrencia haría bajar el precio. Los susodichos artistas están mucho mejor mirados en el día que en tiempo de Adam Smith, y no por eso abundan los buenos, ni se venden baratos sus servicios. Se venden caros, porque hay pocos que sean aptos para hacerlos; y porque la ma-

nera de pagarlos se presta á que subsista la carestía, compartiéndose la carga entre muchísimas personas.

Resulta de lo expuesto, y aún resultaría más claro si me extendiese cuanto pide la magnitud del asunto, que por la misma naturaleza de las cosas, y sin que deba nadie quejarse de ello, ni hacer un capítulo de culpas á nuestro siglo, ni á los pasados, ni á los hombres de ahora, ni á los de entónces, lo más universalmente respetado, amado y reverenciado es el dinero, y por lo tanto, aquel que le posee. Aun las mismas almas celestiales y puras, enamoradas del amor, de la gloria y de todo lo bueno y santo, andan tambien enamoradas del dinero, como medio excelente de que tengan buen éxito aquellos otros enamoramientos etéreos.

La generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Cualquiera persona, por poco simpática que sea, cuenta de seguro con unos cuantos amigos que aventurarian por ella la vida, que le harian el sacrificio de su existencia. ¡Cuántos salen al campo en duelo á muerte por defender á un amigo! Casi nadie, sin embargo, sacrificaría por un amigo su caudal, ni la vigésima, ni la centésima parte de su caudal. Se está un hombre ahogando, se está otro que-

mando vivo en una casa incendiada, y, dicho sea en honra de la humanidad, rara vez falta quien por salvarle se aventure, se arroje á las ondas embravecidas ó á las llamas. Sin embargo, el héroe salvador quizás ha rehusado algunos dias ántes dar una limosna de dos reales á la persona salvada ahora tan generosamente. Viceversa, los agraciados estiman siempre más el sacrificio que se hace por ellos de una pequeña suma de dinero, que el de la vida misma. Y esto por mil razones muy justas. La vida se sacrifica ó se expone por cualquiera cosa; el dinero no. No hay pelafustan que no tenga una vida que exponer como cualquiera otra vida; pero no todos tienen dinero que exponer ó sacrificar. El funámbulo, el domador de fieras, el albañil subido en un andamio, el minero que penetra en una mina insegura, en fin, casi todos los hombres exponen su vida por cualquier cosa, por un miserable jornal, por una mezquina cantidad de dinero. ¿Qué hizo más Edgardo por Lucía de Lammermoor, qué hizo más D. Suero de Quiñones por la señora de sus pensamientos, que lo que puede hacer y hace á cada instante, con ménos estruendo, el último perdido, por ganar unas cuantas pesetas? Por consiguiente, una considerable suma de pesetas

vale más que los arrojos de Edgardo y que las bizarrías de D. Suero.

Es evidente que el pobre, aunque puede amar, no puede expresar su amor de un modo tan claro y tan brillante como el rico. Así es que los ricos suelen ser más amados que los pobres, aún por las mujeres desinteresadas.

El dinero da asimismo mérito intrínseco, y el no tenerle le quita, le merma ó le anubla. El dinero da buen humor, urbanidad, buena crianza, y, como diría cierto diplomático, *soltura fina*. Nada, por el contrario, ata y embastece más que la pobreza. El pobre es tímido y encogido, ó anda siempre hecho una fiera. Toda palabra en boca del rico es una gracia, por donde, la misma confianza que tiene de que sus gracias van á ser reidas y aplaudidas, le da ánimo é inspiración para ser gracioso. El pasmo con que todos le miran, el gusto con que todos le oyen, hace que parezca gracioso, aunque no lo sea. Pero lo es, y no cabe duda en que lo es. Yo, por ejemplo, he oído en boca de un señor muy rico todos los cuentecillos más groseros y sucios que refieren los gañanes de mi tierra, y que ya ni el atractivo de la novedad debieran tener para mí ni para nadie, y sin embargo, me he reído como un bobo, me han hecho mucha

gracia, y los he encontrado llenos de aticismo en boca de dicho señor. Creo, además que, en efecto, lo estaban, porque yo no me movía á reirlos ni á celebrarlos con falsa risa, ni por interés alguno. La seguridad, la superioridad, el magnetismo sereno, que trae consigo el tener dinero, producian este fenómeno.

No se debe extrañar, pues, que las personas ricas sean amadas y admiradas. En el día las amamos con más desinterés que ántes. Nunca, por ejemplo, ha habido ménos hombres mantenidos por mujeres que en esta época, si se exceptúa bajo la forma legítima, aunque desairada, del *coburguismo*. En otras edades era frecuente, casi general, y no estaba mal mirado el *coburguismo* ilegítimo masculino, desde Ciro el Menor con Epiaxa, reina de Cilicia, señora es de creer que ya jamona, á quien aquel héroe sacaba mucha moneda, hasta los galanes caballeros de la corte de Luis XIV y Luis XV.

Lo que es el *coburguismo* femenino, legítimo ó ilegítimo, sigue hoy como en las primeras edades del mundo, desde Raab y Dalila hasta la gallarda y elegante Cora. Este *coburguismo* es más disculpable que el masculino. Lope de Vega le disculpaba diciendo:

No estaba pobre la feroz Lucrecia,  
Que, á darle Don Tarquino mil reales,  
Ella fuera más blanda y ménos necia.

Y Ariosto, con la leyenda *El Perro precioso*, inserta en el *Orlando*, le disculpa mucho más. Yo no le disculpo, pero le excuso, aunque no sea más que por el desinteresado amor y la admiración sincera que infunde el hombre rico, como no sea una bestia, áun en las almas más escogidas y nobles.

El hombre rico se hace en seguida gran conocedor de las bellas artes y de la literatura, y las protege, remedando á Lorenzo el Magnífico y á Mecénas; adorna y hermosea su patria con soberbios monumentos, como Heródes Atico; y hace, por último, otros cien mil beneficios.

Aunque no haya sido muy moral ni muy amante del orden ántes de ser rico, luégo que lo es, el mismo interés le presta por lo ménos una moralidad y una religiosidad aparentes que no dejan de ser útiles.

Infiero yo de todo lo dicho que no debemos achacar á corrupción de nuestro siglo, ni á perversidad del linaje humano, este amor entrañable que todo él profesa al dinero. ¿Qué otra cosa ha de amar en la tierra, si no ama el di-

nero, que las representa todas, las simboliza y las resume? Lo cierto es que casi todo lo útil, lo conveniente, lo práctico que se hace en el mundo, se hace por este amor. El dinero es la fuerza motriz del progreso humano, la palanca de Arquímedes que mueve el mundo moral, el fundamento de casi toda la poesía, y hasta el crisol de las virtudes más raras. La mayor parte de los hombres que desprecian ó aparentan despreciar el dinero, lo hacen por despecho y envidia; imitan á la zorra, diciendo: *no están maduras*. Los que aman con sinceridad la pobreza, los que la creen y llaman *dádiva santa desagradecida*, ó son locos, ó son santos: son Diógenes ó San Francisco de Asis; á no ser que entiendan por pobreza cierta virtud magnánima que consiste en poseer y gozar todas las cosas con desden y desprendimiento, como si no se poseyesen ni gozasen.

No hay nada en este mundo sublunar que proporcione más ventajas que el tener dinero. Los pocos inconvenientes que trae, ó son fantásticos, ó son comunes á toda vida humana, ó se van allanando ó disipando con la cultura.

Era ántes el principal, como ya he dicho, el peligro de muerte en que se hallaba de continuo el acaudalado, como no ocultase mucho

sus riquezas. Para ser impune, paladina y descuidadamente rico, era menester ser tirano, señor de horca y cuchillo, ó algo por el mismo órden, que diese mucho poder y defensa. Este inconveniente va desapareciendo ya casi del todo.

Otro inconveniente, que encuentran en el dinero los corazones extremadamente sensibles y los espíritus cavilosos, es fantástico y absurdo. Consiste en el temor de ser amado por el dinero y no por uno mismo. Nada más ridículo que este temor. Ya hemos probado que el dinero es más que la vida. El dinero es, por consiguiente, una parte esencial de la persona. Un flósofo alemán diría que el dinero se pone en el yo de una manera absoluta. Más necio es, pues, atormentarse, porque quieren á uno por el dinero, que atormentarse porque quieren á uno porque es limpio, bien criado, elegante, instruido etc.; calidades todas que se adquieren artificialmente lo mismo que el dinero; que se deben al dinero en más ó en ménos cantidad. Acaso no sea yo mejor que el último mozo de cordel de Madrid, ora física, ora intelectual, ora moralmente considerado, y con todo, suponiéndome soltero, cualquiera linda dama podría tener aún el capricho de enamorarse de mí, sin

que nadie lo censurára; pero, si del mozo de cordel se enamorase, todo el mundo tendría esta pasión por una extravagancia ó por una locura. Luego, en último resultado, lo que mueve á amar, á no ser extravagantísimo el amor, es el dinero, ó algo que representa dinero, ó que se adquiere con dinero. Lo que yo he gastado en instruirme, pulirme, asearme y atildarme, no es más que dinero.

Finalmente, la mayor y más envidiable ventaja que el dinero proporciona, es la autoridad y respetabilidad que da á quien le tiene, y la justa confianza que quien le tiene inspira.

### III.

De estas consideraciones sobre el influjo del dinero ó de la riqueza en el individuo, quisiera yo pasar á discurrir con mayor extensión sobre el influjo de la riqueza en la cultura y poder de las naciones; pero no haré más que consignar aquí algunos ligerísimos conceptos. Me arredra el temor de extraviarme, y la conciencia de mi poquísimo saber en Economía Política, ciencia que, al cabo, después de mucho cavilar, han venido todos los autores á coincidir con Aristóteles en que trata del dinero, ó, en general, de la ri-

queza, por donde la llama Crematística el sabio de Estagira. Y es mayor infortunio aún que el de mi propia ignorancia, el de que,

Después de haber revuelto cien mil libros  
De aquesta ciencia enmarañada y torpe,

nadie logra saber á las claras lo que es riqueza. Todas las definiciones son discordantes; y resulta que la ciencia empieza por no saber definir, determinar y declarar el objeto de la ciencia misma. Ni está más adelantada en la definición de las otras palabras científicas, como valor, precio, capital, industria y cambio; lo cual no es extraño, porque ignorándose aún lo que es riqueza, que es la idea ó palabra fundamental, por fuerza se ha de ignorar ó se ha de estar en desacuerdo sobre lo restante.

Malthus decía: «Después de tantos años de investigaciones y de tantos volúmenes de descubrimientos, los escritores no han podido entenderse hasta ahora sobre lo que constituye la riqueza; y mientras que los escritores que se emplean en este negocio no se entiendan mejor, sus conclusiones no podrán ser adoptadas como máximas que deban seguirse.»

Dedúcese de aquí, por sentencia y autoridad de Malthus, que no debemos seguir las máxi-